

15.2/337

Sobre eso del vino.

("La Ilustración Española y Americana",  
15 enero 1902).

1-292  
O.C. Tomo XI 1  
meditaciones  
Madrid,

## Sobre eso del vino.

Lo mejor, el agua.

PÍNDARO, Olímpica 1.ª

**E**le leído con cuidado cuanto en *L'Illustration* primero, y en *La Lectura* después, han escrito algunos médicos respecto á eso del vino. No cabe dudar de que la cosa es, como otras muchas, bastante divertida, y de que, como otras muchas también, como casi todas, se presta á comentarios. Comentémosla, pues; seamos atenienses. Y digo que seamos atenienses, ó si se quiere áticos, porque éstos, según la maravillosa caracterización que de ellos hace el libro de los *Hechos de los Apóstoles* en el versillo 21 de su capítulo XVII, «en ninguna otra cosa pasaban el tiempo sino en decir ú oír novedades». Y aunque no sea una gran novedad, que digamos, ésta del vino, hagámosla tal á fuerza de aticismo y de pasar el tiempo en hablar de ella.

Dejando á un lado no sólo la información de *L'Illustration*, sino todo eso de las sociedades de templanza, ligas antialcohólicas y de abstinencia total—como la que en los Estados Unidos preside el cardenal Ireland—y otros pasatiempos por el estilo y tan útiles como éstos, vengamos á la información de la revista española *La Lectura*, y á sus resultados.

La cual revista preguntaba: «¿El uso moderado del vino en las comidas es beneficioso ó perjudicial para la salud?» Claro está que aquí la dificultad mayor estriba en saber qué ha de entenderse por uso, y si un uso que no sea moderado no deja ya de ser uso, pasando á abuso—ya que estaremos de acuerdo el lector y yo en que «abuso moderado» sería tan absurdo como «olvido involuntario», disparate de que tanto y tan



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

inmoderadamente se abusa; — qué se entiende además por vino, y hasta por comidas, y aun por lo de beneficioso á la salud, y por salud misma. Mas dejando á un lado tales cuestiones de metodología trascendente, el caso es que han contestado á la pregunta 77 peritos, y no digo doctores ni médicos porque hay uno que declara no ser doctor, «ni siquiera médico». De los 77 resultan: favorables á su uso, al del vino, en los adultos, 33; contrarios, 35; indiferentes, 9; favorables á su uso en la infancia, 5; contrarios, 44.

El Sr. D. Antonio Simonena, de la Facultad de Medicina de Valladolid, está convencido de que «los problemas, de cualquiera clase que sean, no se resuelven científicamente por votación, forma de resolución para mí, como para muchos — dice, — imperfecta y transitoria». Lo mismo opinamos el lector y yo; pero, aun así y todo, no vemos inconveniente en estudiar esta curiosa votación, como no la vió el Dr. Simonena en expresar su opinión sobre la pregunta que se le formulara.

Hay opiniones para todos los gustos. Ramón y Cajal, después de exponer que el alcohol activa las funciones del sistema nervioso, pero siendo consecuencia de este estímulo artificial la fatiga del mismo sistema sobreexcitado, y, «á la larga, una positiva depresión de las fuerzas mentales», nos dice que, «dígase lo que se quiera, el mejor excitante para el trabajo mental es el propio pensamiento», y acaba contándonos que de ordinario no consume más vino que una pequeña copa en cada comida; pero que no lo hace por higiene, sino por un vicio, del que no ha logrado todavía desprenderse. El Dr. Grinda se nos expresa en estoico diciendo: «en caso de duda, lo mejor no beberlo»; esto es: en la duda, abstente. El doctor Oloriz nos dice que «beberlo estando sano, es como usar gafas teniendo normal la vista». «El vino es siempre ó veneno ó medicamento», dice el Dr. Royo Villanova, y el Dr. Clemente y Guerra, que «es siempre veneno, alguna vez medicamento y nunca alimento», y el Dr. Rodríguez Méndez, que «la verdadera moderación es la abstención absoluta», máxima que el lector y yo creemos que no debe generalizarse á todos terrenos. Estos son de los adversarios del vino.

Entre los partidarios de él, el Dr. Esquerdo bate el *record* del laconismo contestando: «beneficioso», y el Dr. Vera, el del lirismo, trayendo una especie de anacreóntica en prosa. Don Federico Rubio nos dice que «no en balde el instinto universal apetece el vino», y que «sólo se abusa de lo que de suyo es bueno é indispensable».



Otros, tanto de los amigos como de los enemigos del vino, invocan la experiencia.

Y ahora vamos á cuentas. Yo habría hecho preceder á la pregunta esta otra: ¿Usted lo bebe? Porque es frecuentísimo ver que nuestras doctrinas no sean, dada la pícara naturaleza humana, más que justificaciones de nuestra conducta. A mí, por ejemplo, que no bebo más que agua, me encuentran propicio á ser convencido cuantos me prediquen contra el vino, sin necesidad de traerme los resultados del *ergógrafo*, como me convencen de lo perjudicial del tabaco, ya que en mi vida he llevado un cigarro á la boca; pero desafío á los sabios todos á que me convenzan de lo pernicioso del café y del azúcar y de todo lo dulce y azucarado.

Tampoco cabe duda de que en esto entra por mucho la moda, y ahora *se lleva* más el agua que el vino entre los neomodernistas, por lo menos en teoría. Y á este respecto recuerdo que un amigo mío me contaba en contra de los médicos lo que le sucedió con uno de éstos á quien fué á consultar, obteniendo de él este precepto: «¡Deje usted de beber vino!—Pero si no lo bebo.....» contestó mi amigo; á lo que le replicó el médico: «¡Pues entonces, bébalo usted!» No pude convencer á mi amigo de que la filosofía de su médico era sutilísima y muy profunda á la vez, y que acaso lo que convenga á todos es que dejen de beber vino los que lo beban y empecemos á beberlo los que hayamos dejado de hacerlo ó no lo hayamos bebido nunca.

Respecto á las razones que en pro y en contra del tan debatido líquido dan los informantes de *La Lectura*, habrá de permitirme el ilustre don Federico Rubio que frente á aquello de que «no en balde el instinto universal apetece el vino», recuerde la opinión de Nietzsche, de que está tan desnaturalizada nuestra naturaleza, que el enfermo—y lo somos todos—apetece lo que agrava su enfermedad. Por mi parte, confieso que mi mayor pecado es desconfiar del «instinto universal», así como del *consentimiento unánime*, del *sentido común* y de todos esos trastos espirituales que poseemos en común todos los hombres. Así como hay quienes creen que el ser una doctrina más moderna que otra es ya de por



sí una presunción á favor de ella, así para mí es una presunción en favor de algo el que sea contra el instinto universal ese. Y como pienso merterme con el sentido común — cuya cura mediante el masaje histológico del cerebro estudia un singular y desconocido sabio — deajo aquí esto.

Han de permitirme los médicos, que con todo respeto y protestando del alto aprecio en que los tengo, ya que creo que de ellos depende más que de nadie el principio de nuestra regeneración, que estriba en que los españoles todos nos lavemos todos los días con jabón, exponga el aforismo que referente á ellos tuve la fortuna de formular y que dice: «los médicos se mueven en este dilema: ó matan al enfermo por miedo á que se les muera, ó le dejan morir por miedo á matarle.» Aforismo que, como todos, admite excepciones, por no expresar sino casos extremos, pues sabido es que hay enfermos que se mueren á la vez que los matan, y otros que ni se mueren ni se dejan matar. Este mi aforismo recuerdo cada vez que un médico invoca su experiencia. Porque.... ¿lo diré? no consigo acabar de creer en esa experiencia. Creo en las experiencias, pero en la experiencia profesional de este ó del otro profesor, ¡vamos! que no logro llegar á creer.

Sería una vulgaridad intolerable, me parece, que repitiese yo aquí aquello de que sólo tiene experiencia quien cambia de proceder y prueba imparcialmente y sin prejuicio los métodos contrarios, que me metiese con lo del ojo clínico ó de buen cubero y que recontara el caso de aquel famoso cirujano que, tras muchos años de profesión, se murió convencido de que habían muerto á pesar de su tratamiento aquellos á quienes con éste mató, y que merced á él se habían curado los que á pesar de tal tratamiento se curaron. No, lejos de mí el repetir aquí tales vulgaridades; pero, francamente, cuando oigo decir á alguien, sea médico ó no, que su experiencia le ha enseñado tal ó cual cosa, me escamo. Y no estoy lejos de creer con un amigo mío que la experiencia se acaba á los treinta años y cuanto viene después no es más que post-experiencia. Mas dejemos esto de la experiencia, como aquello del sentido común, para mejor ocasión.

¿Y los vicultores? Hé aquí una pregunta que se harán, de seguro, muchos de los que lean la información á que me refiero. Porque, á pesar de Bastiat, seguimos creyendo que es conveniente que se rompan cristales y que haya enfermos y



pleitos para que vivan cristaleros, médicos y abogados. Si todos fuesen como yo, la cuestión quedaba resuelta para los viticultores, aunque no para los vinicultores, pues me comprometo á consumir en uva, fresca ó en pasas (observen ustedes de pasada que fuera de este caso concreto no se usa apenas el participio *paso*, *a* en el sentido de pasado, *a*), la parte de producción nacional que en vino me correspondiera. Mas, dejando á un lado mi gusto personal, cosa que á nadie, ni aun acaso á mí mismo, importa mucho, hay que declarar que el nudo de la cuestión está aquí, en lo económico.

En efecto, de cuanto he leído en pro y en contra del vino he sacado en limpio que ni es mucho el beneficio que su *uso moderado* hace—si es que hace beneficio alguno,—ni es grande el perjuicio, y que acaso no valga la pena de privarse de un gusto, para quien en beberlo le tenga, por el escasísimo daño que pueda causar. La cuestión es pasar la vida lo más gratamente posible, ya que sea el vivir nuestra primera necesidad. Pero en España, y aquí está el nudo de la cuestión del vino, es muy necesario crear necesidades nuevas y aun lujos, para que, atentos á satisfacerlas, nos demos á trabajar más, y suban los jornales y bajen los cambios y mejore así la industria toda. Porque hemos convenido ya en que una de las causas de nuestro atraso económico, y con él de todo atraso, es nuestra tan decantada sobriedad; sobriedad que nos hace ser más avaros que codiciosos y más codiciosos que ambiciosos. No hay maquinaria agrícola en Castilla ante todo y sobre todo porque el brazo es muy barato, y el brazo es muy barato porque el bracero es sobrio y se contenta con poco; *ergo* para que haya mejoras económicas hay que crearle necesidades, y una de ellas es la del vino.

Libreme Dios de defender á los borrachos; ante todo, porque ya ellos saben defenderse solos, aunque parezca mentira; pero la verdad es que no todos son capaces de emborracharse hablando, y mucho menos meditando, Sr. Cajal. Cierta, ilustre maestro, que no hay mejor alcohol que una idea que «se enseñoera de la mente» y no nos deja dormir «cuando el deseo de dar solución á un problema largamente meditado pone en tensión toda la maravillosa urdimbre cerebral»; pero ¿y los que no tienen problemas



SOBRE ESO DEL VINO.

en que meditar? Certísimo que "el mejor excitante para el trabajo mental es el propio pensamiento", por lo menos es el único que yo uso y me va muy bien con él; pero ¿no hay en esto algo de círculo vicioso? Recordemos aquello de si no cobran porque no enseñan mejor, o no enseñan mejor porque no cobran. "Mejor que con ningún otro artificio, se estimula la mente con tres elementos: preparación, atención, reflexión; nada tan poderoso como la atención y el estudio para poner el pensamiento en el tono necesario al trabajo intelectual". Muy bien dice el maestro, pero ¿y los que no saben prepararse, los inatentos e irreflexivos? Hay quien es incapaz de atender, de estudiar, de prepararse, de reflexionar y de meditar, y por hacer algo bebe vino inmoderadamente. Hay quienes de no ser borrachos apenas si serían cosa alguna.



Concluyo, pues, opinando que no debemos beber vino los que sin beberlo lo pasamos bien, y que deben beberlo los que lo pasan bien bebiéndolo, y que tampoco estaría mal que cambiáramos los papeles, aunque por mi parte no estoy dispuesto a ello. Y he de declarar, por último, como dato de experiencia introspectiva, que si yo no bebo vino es porque no me hace falta tal excitante o lo que sea, pero sobre todo por manía, o si se quiere por vicio, por vicio espiritual de resistir la opinión de las mayorías. Si se pone en moda el no beberlo, me ponen en un compromiso, pues por todo paso menos por eso de ser modernista.



Miguel de Unamuno.

VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

1.5.2/332